

LA CURIOSIDAD

La curiosidad es la primera floración del entendimiento.

El alma que se encuentra como en capullo, aprisionada por los sépalos incontaminados de la inocencia de un niño, apenas empieza a desplegar sus pétalos a la luz de la verdad, siente deseos de saber y pregunta...

Entonces comienza la curiosidad.

Antes había preguntado inconscientemente con los ojos, con las manos, con las sonrisas y con las lágrimas, y aquella curiosidad ofrecía todas las características del instinto que después se irá desarrollando.

Cuando la inteligencia haya desplegado sus alas para volar entre la selva enmarañada y misteriosa de los conocimientos humanos, guiada por la sistematización más o menos lógica, entonces el instinto de la curiosidad parece que se esfuma, pero no muere.

Quédase siempre oculto, por lo menos entre los pliegues de la subconciencia, y se manifiesta, unas veces velado por la tendencia a la investigación, y otras, muy frecuentes también, con los caracteres encantadores de la puerilidad.

Son sin cuento las inquietudes de la curiosidad.

¡Y qué encantadora es esa primera floración de la inteligencia, cuando se manifiesta entre los balbuceos de la inocencia!

Las preguntas candorosas de un niño, ¡qué raudales de alegría no arrancan del corazón de las madres!

—¡Qué inteligente!—suelen exclamar con orgullo...

Y tienen razón.

Pero las candorosas preguntas de los niños desconciertan con frecuencia la serenidad de los padres, aun de aquellos cuya cultura les ha abierto el camino de las cátedras, y en medio de la turbación se ven forzados a responder con evasivas.

¿Quién es capaz de satisfacer a un sinnúmero de curiosidades de los niños?

Al preguntar el «por qué» de cuanto ven, plantean con frecuencia los más arduos problemas de la filosofía, y los que a fuerza de no

haber dado nunca con la solución de nada, responden con una necesidad, no advierten que están agostando en flor la más peregrina aspiración de la inteligencia humana, que entonces empieza a vivir.

Cuando la inteligencia llega a ser capaz de reflexionar sobre sus actos, o pierde la noción de la lógica, aceptando como soluciones una serie de afirmaciones sin sentido, o siente el vibrar dentro de sí de un escepticismo que le perturba, viendo la impotencia de los que guiaran sus primeros pasos en el camino del saber, para declarar los problemas simplistas y obvios que las cosas les ponían delante de los ojos.

Lo primero es lo que suele predominar.

El hombre, que desde los albores de su vida intelectual comenzó a vivir vida de fe, creyendo que aquellas necedades eran la verdadera solución a los problemas que la fuerza de las cosas les ponía delante, seguirá después viviendo vida de fe, aun cuando proteste con todas sus energías contra la fe y los dogmáticos, creyendo un sin cuento de necedades, como solución de los problemas transcendentales de la vida, porque así lo afirman con la rotundidad con que responden los padres a sus niños, los que en nombre del saber, quieren o paliar su ignorancia o deslumbrar con paradojas.

* * *

Cuando la curiosidad nos lleva a la investigación científica, se convierte en una pasión noble.

Cuando la curiosidad nos azuza en la búsqueda de conocimientos útiles, si va encauzada por la lógica, que nos impida desviarnos del buen sentido, es una tendencia necesaria.

Cuando la curiosidad nos lleva a los campos del arte, para cultivar el espíritu y suavizar nuestros sentimientos con los divinos encantos de lo bello, entonces nos ilumina y enaltece.

Pero muchas veces la curiosidad es imprudente y malsana, pueril e irracional, y entonces produce catástrofes o nos lleva a lo ridículo.

La catástrofe primordial del humano linaje, tuvo su origen en la curiosidad de Eva.

La curiosidad de David lo llevó a la impureza y al homicidio.

La curiosidad de la mujer de Lot la convirtió en estatua de sal.

Y las historias, sobre todo la historia oculta de la vida, escrita muchas veces con caracteres de sangre en el corazón de la sociedad, están llenas de verdaderas catástrofes hijas de la curiosidad.

Pero esa flor envenenada por la necedad de los hombres, produce frutos más lamentables todavía si cabe.

Casi todas las perversiones, casi todas las degeneraciones de los instintos, aparecen tímidamente en los individuos, que más tarde se presentarán estigmatizados, como fruto de esas ansias furtivas de pretender penetrar en lo vedado, en lo misterioso, en lo oculto de la vida. Los hechos que se desenvuelven en las sombras, los que andan rodeados del sigiloso secreto del misterio, los que nos llaman poniéndose el índice sobre los labios, pidiendo silencio, y avisando con el movimiento de la otra mano que caminemos de puntillas, porque el codiciado secreto podría esfumarse, son los que más irresistiblemente atraen la curiosidad, y con más facilidad nos precipitan en aventuras que con frecuencia se resuelven en lágrimas tardías.

Esa es casi siempre la historia de la primer acaída, y el camino por donde han llegado a dar en redes inextricables tantos incautos que se sienten incapacitados para recobrar la libertad perdida .

* * *

Pancho era un joven colegial, recién iniciado en la vida universitaria.

Hijo de padres cristianos, guardaba todavía el corazón puro y la inteligencia apasionada por la verdad.

El estudio era la única preocupación de su vida, y las prácticas piadosas los valladares que defendían su inocencia, contra los múltiples asaltos que el vicio, enmascarado de tantas maneras le daba cada día.

Sus días se deslizaban sin sentir. Las horas le parecían cortas para satisfacer a los inmensos programas, conque pedagogos que aspiran a cierta notoriedad, conculcan todos los dictámenes de la pedagogía.

Sus diversiones eran tan sencillas como cuando era colegial. La pelota en sus ejercicios más estéticos constituía para él un esparcimiento del espíritu y un ejercicio físico que activando su circulación reavivaba en su cuerpo la llama poderosa de la vida.

Un día en corro de amigos, en los claustros de la Universidad, escuchó el misterio de una palabra, que llenó su alma de luces y sombras desconocidas.

¡Los placeres del *cabaret*...!

Hablaban de él con tanto entusiasmo sus compañeros que su alocada fantasía por la curiosidad, se lo fingía de mil maneras fantásticas y diversas.

No se atrevía a preguntar que era aquello, por miedo de que le fisgaran sus camaradas. Pero dentro de su alma había nacido un

deseo que pronto se convirtió en obsesión. Quería conocer aquel misterio, y recelaba no se ocultara detrás de aquel misterio alguna celada.

La curiosidad venció todas las resistencias, y cerrando los ojos, y echando a un lado todos los escrúpulos, atisbó la ocasión de lanzarse a la búsqueda de los desconocidos goces del *Cabaret*.

Entró allí y el corazón le dió un salto en el pecho. Aquella atmósfera estaba saturada de orgía.

Aquellas mesitas verdes... Aquellas mozuelas coquetonas y descocadas... aquella música muelle... aquellos licores... todo llevaba el sello de la degeneración.

Pero era menester aparentar hombría y optó por sonreír a todo.

Bebió, bailó, jugó y lo desplumaron, y esa fué la liga que lo ató al garito.

Era menester recobrar lo perdido, y comenzó a ser concurrente asiduo de aquellas *farras*, en las que comenzó por perder la vergüenza, y acabará por perderlo todo.

Su vida desde entonces comenzó a cambiar radicalmente. Sus gustos se modificaron, y lo que antes constituía un verdadero goce para él, ahora le es inmensamente fastidioso.

Sus padres advirtieron el cambio, pero lo juzgaron completamente natural. Ni siquiera les pasó por el pensamiento cuál pudiera ser la causa de aquellas mudanzas. ¡Cosas de la edad...! y nada más.

Solo una cosa comenzó a sobresaltarlos. Ya no le bastaba el dinero que ordinariamente le daban, y cada día exigía más.

Un día sus exigencias le convirtieron en descortés con su madre.

Al saberlo el padre quiso corregirlo, y se encontró con una insolencia.

Las relaciones se pusieron tirantes, y la tirantez llegó al colmo, cuando advirtieron, que pasando por encima de la propia dignidad, se había convertido en un desvergonzado ratero de los de su propia casa.

La indignación del padre no pudo entonces contenerse, y dándose cuenta, aunque tarde, del estado moral del hijo, tomó una resolución extrema.

* * *

Sentado sobre un rollo de cuerdas, los codos sobre las rodillas y las manos hundidas en la revuelta cabellera, meditaba un grumete.

La tarde era plomiza y convidaba a la reflexión.

Seis meses de mar le hicieron gustar algo de las verdaderas amarguras de la vida.

Por eso al evocar, entre la lasitud de sus miembros cansados, el tropel abigarrado de los recuerdos, sintió como un escalofrío ante la viveza de una imagen que vino a herir su fantasía. El cabaret...! Los secretos del cabaret...!

Entonces comprendió la razón de su situación penosa.

El roce con la gente de mar, que se encontraba allí por motivos análogos al suyo, le acabó de abrir los ojos.

En aquellos momentos de calma el buen sentido derramó un torrente de luz sobre su inteligencia y detrás de la dureza del castigo, llegó a vislumbrar los desvelos del corazón de un padre.

Y el arrepentimiento consumó la obra...

Pancho se sintió redimido. Levantó la cabeza, sacudió su cuerpo para vigorizar sus músculos y siguió tranquilo la prueba esperando la hora de la regeneración...

* * *

La curiosidad no siempre presenta desenlaces trágicos.

Con mucha más frecuencia lleva a los hombres al ridículo.

Y es esta flaqueza tan connatural a la humanidad, que la industria que beneficia la curiosidad humana produce un verdadero río de dinero.

La inmensa mayoría de los novelones que se venden no tienen más mérito que el excitar la curiosidad. Los que los leen corren al fin para ver como acaba aquello.

Los periódicos viven excitándola y satisfaciéndola a medias.

Los adivinos de todos los matices abusan en provecho propio de la necedad de los demás. Y el ocultismo y hasta el espiritismo se conquista adeptos, llevados del deseo de penetrar secretos y saber vidas ajenas.

En las tómbolas tienen admirable eficacia las sorpresas, que apenas sorprenden a nadie, pero que sacan el dinero a muchos.

Y los charlatanes que embaucan a las muchedumbres llegan a persuadirles que venden pastillas adivinatorias, y encuentran quien las compre para adivinar que son pastillas de menta.

Cualquier desgracia que ocurra en la calle congrega al momento un sin número de curiosos. Pero no son solo las desgracias las que tienen esa eficacia.

Me contaron de un chusco que se divertía con el público de una

manera original. Acompañado de un hijo suyo salía a la calle y armados de un compás, una escuadra y una cinta métrica, se paraban delante de un edificio cualquiera y comenzaban a simular que tomaban medidas y las anotaban cuidadosamente. El público se iba aglomerando, y cuando el grupo de curiosos era bastante grande, doblaban sus instrumentos y se marchaban a repetir el chiste en otra parte, dejando al grupo de curiosos discutiendo sobre lo que iba a suceder con aquel edificio...

A cuántos chascos ha llevado el ansia de saber noticias y de darlas...

Son sin cuento las ingenuidades de la curiosidad, y muchas veces son irreparables los daños que causa.

Las ansias de saber son legítimas en el hombre, pero la razón y la lógica nos ha de guiar en todos los momentos de la vida.

JACOB SLOMNE.
